

Michel Tournier: el mito y la palabra

Cecilia Urbina



MICHEL TOURNIER (París, 1924-2016) —Premio Goncourt, Gran Premio de la Academia Francesa— fue autor de novelas, relatos, ensayos y un buen número de libros para niños y jóvenes. Su relación estrecha con la filosofía y la metafísica, el universo complejo y muchas veces cruel que recreó en sus libros no lograron descartar del todo la sombra del mundo fantástico y atormentado de su infancia. En *El viento paráclito* (1977), Tournier se desnuda en un viaje honesto por los caminos de sus convicciones y sus fantasmas, y ofrece claves importantes para desentrañar su obra. Además de rendir homenaje a sus padres literarios (Flaubert, Valéry, Colette), reconocer las citas casi textuales que hace de ellos en sus libros, y de integrar a su panteón aquellos filósofos que lo marcaron (Leibnitz, Sartre y en general la escuela alemana), menciona a dos autores de gran influencia en su temática: Defoe y Julio Verne. El primero es el creador de un mito universal, *Robinson Crusoe*, que Tournier reconstituye en *Viernes o los limbos del Pacífico* (1972).

Mito: palabra clave en la obra de Tournier, junto al concepto de iniciación que es, según él, “el gran problema de la infancia” y que encuentra una salida en el conocimiento de la literatura contemporánea y los mitos que han obsesionado al hombre a través de la historia. Estudioso de la filosofía, dice: “el paso de la metafísica a la novela debía dárseme mediante el mito; el mito es una historia fundamental, una historia que todo el mundo conoce. Mis libros deben ser reconocidos —releídos— desde la primera lectura”.

Podemos reconocer, releer, el concepto ancestral en cada una de sus obras, enriquecido con análisis profundos de la psicología marginal y las capas oscuras del ser humano. Sus novelas se pueblan de seres extraños, una galería que amenaza caer en lo monstruoso dada su alienación de la cotidianidad. Al mismo tiempo, moran en un mundo fantástico y natural, se integran a los elementos —a los amados meteoros de Tournier— y practican ritos obsesivos.

Mito y rito; ejes de la literatura infantil, también poblada por seres extremos, sujetos a los caprichos de la naturaleza y la fantasía. Ambos conducen en última instancia a la magia; la repetición del rito lo convierte en premisa indispensable, en ofrenda propiciatoria, en motor de los acontecimientos. En la obra de Tournier se soslayan elementos mágicos y primigenios, rituales, iniciaciones, ofrendas teñidas de crueldad. Es una crueldad impersonal, perteneciente al ámbito sobrehumano de las brujas, los magos, los astros; la crueldad en los libros de Tournier rara vez es imputable a la acción del otro, sino un resultado de la acción propia del sujeto que se ofrece como víctima de un rito inevitable.

Tournier, miembro de una familia de germanófilos sorprendida por el nazismo y la catástrofe de la derrota francesa en la Segunda Guerra Mundial, vivió largo tiempo en la Alemania de la posguerra como estudiante; dos pilares de la filosofía nazi, el mito de la raza superior y los rituales estrictos de la propaganda y su influencia en la educación de la época, le dieron el tema para *El rey de los alisos* (1969), donde



Michel Tournier en 1970. (Fotografía: Keystone / Hulton Archive / Getty Images)



retoma el mito del ogro —secuestrador y asesino de niños— incorporado a la atmósfera enloquecida del nazismo.

Su segunda novela emprende la exploración de la vida de Robinson Crusoe, un Robinson con características nuevas. Desde que nació, inventado por Defoe a partir de una anécdota real, Robinson ha encontrado en cada generación un intérprete decidido a reconocerse en su imagen y se ha constituido en personaje mitológico. El Robinson de Defoe, con sus crisis religiosas y su visión ingenuamente racista de Viernes, se convierte en el Ciro Smith de Julio Verne, el ingeniero mago capaz de recrear el mundo mediante la ciencia y la técnica, “el héroe del siglo XIX que sueña con el XX”... “Robinson es el héroe de la soledad, huérfano de la humanidad... creo que esta soledad creciente es la llaga más grave del hombre occidental contemporáneo... libertad, riqueza y soledad son las tres caras de la condición moderna”.

Es significativo que la novela lleve el nombre de Viernes y no de Robinson. Para Tournier, Viernes es, por una parte, la posibilidad del encuentro grandioso entre dos civilizaciones; por otra, el germen de la duda, de la destrucción de un sistema edificado pacientemente por este solitario genial. “El principio de Viernes es aéreo, eólico...”: el Ariel rebelde que elevará a Robinson por encima de sus raíces terrestres al reino de los meteoros. La novela plantea la tesis del hombre desposeído del “otro”; los efectos de la ausencia del otro producen las verdaderas aventuras del espíritu. Si el otro define las fronteras y las transiciones en el mundo, “¿qué sucede cuando el otro falta en la estructura del universo? Es el reino de la brutal oposición del sol y de la tierra, de una luminosidad insoportable y de un abismo oscuro”.¹ Robinson, aterrado por la soledad, se refugia primero en el barro primigenio —en el que se revuelca como los animales— después en el trabajo, la disciplina, la reconstrucción del mundo tal como lo conoce. Viernes, el espíritu eólico, destruye, real y metafóricamente, esta estructura y lleva a su compañero a la conjugación de la libido con los elementos, a la “pura fosforescencia de las cosas por sí mismas”. Robinson ama a su isla como a una madre, al refugiarse en una gruta que lo envuelve y lo protege; como a una mujer, al derramar su semen sobre la tierra y ver crecer la mandrágora mitológica, hija suya y de la isla. Viernes lo llevará —a través de una lenta metamorfosis— hacia el hombre nuevo, el Robinson solar que se convierte en la conciencia de la isla, y al mismo tiempo en la conciencia que la isla tiene de sí, y por tanto en la isla misma. A tal grado desaparece la estructura que Viernes no representa ya al “otro”, sino a una especie de cómplice de la aventura inductiva, y cuando llega el barco salvador, veintiocho años después del arribo de Robinson a Speranza, éste no querrá partir.

Esta oposición de la luz con la oscuridad se confunde con otros mitos en *Los meteoros* (1975), un viaje alucinante a las capas abismales de la marginación y el

¹ Gilles Deleuze, *Logique du Sens*.

misterio. Tournier dice que el motor de *Los Meteoros* no es sino el gran debate entre la derecha conservadora y la izquierda libertaria, representadas por Paul y Jean, los gemelos protagonistas. Por otra parte, “el tema profundo de *Los meteoros* es la coincidencia perdida y reencontrada de los dos tiempos, el tiempo cronológico y el tiempo meteorológico”. Aquí retoma el tema de Verne en *La vuelta al mundo en ochenta días*, donde Phileas Fogg, esclavo del tiempo cronológico, es guiado por Passepartout, conocedor del tiempo meteorológico.

Los meteoros es una gran danza astral: tres planetas —tres seres sujetos al mito y al ritual— rodeados por satélites integrados a la *normalidad*. Jean y Paul son gemelos indiferenciables, a tal grado que se les identifica como Jean-Paul, un nombre doble que los confunde en un sólo individuo. Inmersos en el juego de Bep, alianza, conjura, incesto y rito —exorcismo, postura oval, comunión seminal— y en el lenguaje eólico que sólo ellos entienden, será Jean el primero en buscar la ausencia en un viaje de persecución del tiempo y del “alma desplegada” de la unidad gemela.

Si Viernes es la elevación del hombre de lo terreno a lo aéreo, y *Los meteoros* una exploración de las capas oscuras de la psicología marginal, parecería que Tournier abandona la tropósfera atormentada para elevarse a las alturas meteorológicas en *Medianoche de amor* (1989). Este intuitivo aventurero de la soledad, el abandono y la crueldad, este filósofo de la condición humana recupera una mirada romántica a la pareja heterosexual. Yves y Nadege, herederos del mar, el viento y las mareas, no tienen ya qué decirse, y por tanto dan una gran fiesta de despedida a sus amigos antes de separarse. A través de una larga noche, los invitados, cual Scherezada múltiple, cuentan historias y con ellas crean “una mansión de palabras donde habitar juntos” para los anfitriones. El círculo se cierra; si el niño necesita de los mitos, de la ficción para iniciarse en la aventura de la vida, los adultos los requieren para mantener la posibilidad del amor reflejado en la inventiva literaria.

La presencia del “otro”, la otredad, es una constante. El otro como una fuerza extraña y perturbadora, el otro como renovación, lo otro, lo cotidiano, “el encanto de lo imprevisto, la frescura de la primavera”, una salvación y una esperanza de vida. “Cada hombre necesita a sus semejantes para percibir el mundo exterior en su totalidad”. Aterrorador, monstruoso o mágico, ese mundo exterior, ese *otro* “le da la escala de los objetos lejanos”. La presencia del otro como tropiezo o como horizonte. Jean lo busca como liberación, Paul lo rechaza como amenaza; Robinson se encuentra y se transforma en el espejo de Viernes. Así, el otro interviene para destruir o para liberar el camino a la trascendencia. Los “otros” —cuentistas— y lo “otro” —el mundo imaginario— le dan a Yves y Nadege la mansión de palabras donde su amor podrá conservarse.

La magia de un escritor radica en decir lo mismo —hay cierto número de combinaciones posibles para urdir la trama de una historia—, lo que sabemos que existe, bajo una nueva luz. Podemos reconocer, releer la historia, iluminada por Tournier pero transformada en literatura contemporánea. 